

NÚMERO 142 — TOMO IX  
15 DE AGOSTO DE 1926

# Reproducción

---

Director:

Elías Jiménez Rojas

SAN JOSE DE COSTA RICA

Apartado 250

---

Administración: BOTICA LA DOLOROSA

Imprenta Crejos Hnos.

Apartado R R

Teléfono 285

Imprenta

Sibrería

Encuadernación

Papelería



---

# Trejos Hnos.

Participaciones  
de matrimonio

Invitaciones

Libros de caja

Memorandums

Facturas

Cheques & Recibos

Calonarios

Libros en blanco

Tarjetas

Menús, etc. etc.



Cumplimiento

en la entrega

de trabajos

# REPRODUCCION

No. 142 \* 15 de Agosto de 1926 \* Tomo IX

Director, ELIAS JIMENEZ ROJAS

San José, Costa Rica — Apartado No. 230

---

---

Reminiscencias de la ciudad de San José

## De la escuela pública

¡Qué borrosas encuentro las impresiones por mí recibidas cuando me pusieron por primera vez en la escuela pública! Se han desvanecido en gran parte como si fueran pinturas hechas con tintas débiles y expuestas a la luz del sol durante los cincuenta y tantos años transcurridos desde entonces. En este momento al menos no veo claramente sino algunos detalles destacándose en el fondo oscuro de aquellos días lejanos. Con fijar la atención en ellos, quizás vaya descubriendo lo que ahora no percibo. Entiendo que no había edad mínima reglamentaria para entrar a la escuela; pero sea de ello lo que fuere, lo cierto es que me matricularon en una de las varias escuelas públicas de San José bastante tiempo antes de que cumpliera

los siete años. Se eligió la central, situada a una cuadra de distancia de mi casa, frente al edificio de la Universidad, en el mismo sitio donde está la plazuela del Teatro Nacional, y que dirigía nada menos que el Dr. don Manuel M.<sup>a</sup> Romero, maestro español traído por cuenta de la República en tiempo del segundo gobierno de don Jesús Jiménez. Alguna vez hube de ver al director, como es natural; mas de él no me queda idea. Sí me acuerdo de uno de sus hijos, don Angel, maestro en la propia escuela, pues le oí varias veces encomiar con frases sonoras y gestos graciosos, la limpieza personal, especialmente la de cierto niño vestido siempre de blanco, al cual ponía en alto, sobre una mesa, a fin de provocar en nosotros los demás la emulación. Merecía ciertamente ese niño, hijo de una persona modesta, servir de modelo por lo limpio, aunque no dependiera de los otros alumnos el no ir trajeados de blanco. Una cosa que no he podido olvidar es la manera penosa de enseñarnos a leer, precisamente a los párvulos. Delante del *cartel* correspondiente, impreso con caracteres grandes, debíamos estar mientras duraba la lección, en semicírculo, de pie, con el cuerpo recto, los

brazos cruzados y la mirada fija, casi siempre bajo la férula de los *instructores*, alumnos ya hombres, delegados sin duda por el director, y algunos de los cuales descollaban por su mal genio o su mal corazón. De los maestros que me tocaron en suerte no conservo más recuerdo grato que el de don Luis Hidalgo, cuyo trato afable contrastaba con el de los aludidos instructores, y quien si no era ya sacerdote, seguía la carrera de tal, a juzgar por su traje. Supongo que no duró la escuela hasta fin de año, pues no rendí examen. Oí decir que don Manuel M.<sup>a</sup> Romero se había retirado de la dirección por causa de enfermedad, y aun más, que se había vuelto a España con su hijo don Angel. A la verdad, no volví a verlos.

Al comienzo del año de 1873, entré en unión de mis hermanos mayores, Mariano y Alberto, a la Escuela del Norte, en la que estuvimos tres años. Ocupaba esa escuela una casa a la sazón nueva, de las pocas construidas con ladrillos en aquel tiempo, según lo entiendo, y que es la misma colindante por el oeste con la de habitación actual del señor Licdo. don Alberto Brenes Córdoba, en la avenida quinta. Era director de la escuela

don Adolfo Romero, otro de los hijos del mencionado Dr. Romero. Lo cual constituía una recomendación, dadas las ideas de orden y disciplina reinantes y el concepto que se tenía de don Adolfo. Puedo decir por mi parte, que desde ese punto de vista no he conocido educador semejante a él, no sólo por lo que observé mientras estuve en su escuela, sino, y principalmente, por haber estado años después bajo sus órdenes, como alumno semi-interno del Instituto Nacional de San José, de que él fué también director. Pienso que si bien don Adolfo no sabía contenerse y medir los castigos, llevado de un impulso natural hacia la rigidez, lo que le hacía odioso a los alumnos en general, no se le podía con justicia tildar de servil respecto a los hijos de los gobernantes y de los poderosos, ni de parcial con los alumnos que gozaban de simpatías o que él mismo distinguía por sus cualidades. Me sería fácil citar ejemplos de ello. No veía sino la falta, fuera quien fuese el autor de ella; pero, por desgracia, se excedía en el castigo, aunque sin pegar jamás al culpable o presunto culpable. Bastaba que alguno alzara la voz en cualquier punto del edificio para

que llegara el director e impuesto de la falta, si la había, señalara el castigo.

Muy cerca de la Escuela del Norte, estaba la poza *de la Merced*, en el río de Torres, exactamente donde se halla en la actualidad el puente de la calle que conduce a la Cárcel Pública de varones. A pocos pasos del cruce de esa calle, que es la 2.<sup>a</sup> N., con la avenida 5.<sup>a</sup>, en la dirección del río, principiaba un verdadero barranco, y este nombre se daba al lugar, por donde se bajaba a la poza. No faltaban árboles y matorrales. A ese punto iban a parar los muchachos. Además, pasando el río por dentro, se podía con facilidad ir a las pozas *de la Presa* (la de la fábrica de cerveza Traube, actualmente) y *de la Fundición* (inmediata a la antigua catretera a Puntarenas). El incitante del baño era demasiado poderoso para vencer el temor a los castigos en el ánimo de los alumnos resueltos o irreflexivos, quienes se *zafaban* de la escuela para la poza cercana. Esto se calificaba como la mayor de las faltas, casi como un crimen, y los que la cometían eran *malos* irremisiblemente. Aun el director en persona se aventuraba a embarrancarse para buscar a los fugitivos y llevarlos a

la escuela; pero es claro que si no eran atrapados, se escapaban aunque fuera desnudos, trepando por la ladera opuesta del río. Con lo cual empeoraba su situación y el castigo crecía por su parte.

Es curioso que en el cruce indicado exista todavía, a pesar de los terremotos de 1882, 1888, 1910 y 1924, la vieja casucha que forma la esquina noroeste, con sus pesadas tejas de barro. Apenas se notan en ella algunas variaciones en el frente principal. No puedo verla sin acordarme de que allí vivía un anciano cuyo nombre nunca supe, y el cual estaba sentado a la mesa a la hora del regreso de la escuela, dispuesto ya a comer, lo que no hacía antes de rezar y trazar con su mano derecha imaginarias cruces por encima de sus platos de arroz, carne cocida y verduras.

La calle a que daban las ventanas exteriores de la casa de dicha escuela, era tan poco transitada que nada con que pudiéramos entretenernos nos ofrecía durante las largas y pesadas horas de lección, esto si no tenía uno que estar en las piezas del interior. En los días de bochorno, sobre todo, se sentía la necesidad de algo que interrumpiera la mo-



notonía y quietud excesiva y que nos defendiera del tedio. Mas, cuando menos lo esperábamos, se percibía el trote de un caballo y aparecía ñor Tardillo, un viejecito así apodado, y quien andaba todo el santo día jineteando un pequeño caballo brioso. Con todo y su bestia entraba sin desmontarse a la casa de enfrente, propiedad de un señor Sandoval. Muchos años después de los que pasé en la Escuela del Norte, oyendo algún monótono y árido alegato en el Palacio de Justicia a horas de calma y calor, no podía menos de acordarme de ella, de las llegadas alegres de ñor Tardillo y de otros incidentes en sí tan insignificantes como ese, y hasta me figuraba estar aún en la escuela.

Para endulzar las penas de la escuela aquella, con tal que pudiéramos disponer de *un cinco* siquiera, estaban a menos de cien varas de distancia las sabrosas *cajetas* de doña Cristina Acosta. Las hacía de *dulce*, leche y arroz, para la tarde. A la salida las hallábamos todavía calientitas, colocadas unas sobre otras en forma de pilares, que gracias a nuestra demanda eran demolidos en un instante.

Volviendo al personal de la escuela, había también un maestro subdirector, y

el cargo lo desempeñaba entonces don Juan Vicente Quirós. Por algún tiempo atendió la clase a la cual yo pertenecía. Nunca me hizo mal alguno; pero por su gesto avinagrado y la dureza de sus regaños y castigos y no sé qué más, acabé por temerle extremadamente, hasta el punto de regocijarme cuando por el estado de su salud no podía asistir. El día que supe su viaje a Europa, para dedicarse al estudio de la música, pues era pianista, me dió un vuelco el corazón por la esperanza muy fundada de librarme de él para siempre.

Otro maestro que por su manera de proceder, amargó mi vida de escolar durante aquellos años y originó en mi mente de niño ideas impropias de mi edad, fué don Amadeo Madriz, hombre de bien seguramente y que cumplía con su deber tal como lo entendía, por lo cual le absuelvo de todo cargo; mas, quien, si ocurría algún desorden estando él ausente, nos castigaba a todos sin distinción, aun a los pequeños y conocidamente formales, valiéndose a veces de una vara de membrillo como las que usaban los cabos en los cuarteles militares del país y que antaño servían para apalea en éstos y aun

medio matar a los prisioneros políticos. En ocasiones reservaba para el fin de la última lección el castigo de alguna falta grave. Aplicaba los varillazos al delincuente en las nalgas; en seguida le hacía arrodillarse en medio de los demás alumnos, que de pie y cruzados los brazos, después de persignarnos, rezábamos el padrenuestro y el avemaría, según debíamos hacerlo tanto a la entrada como a la salida de la escuela; terminado lo cual, sacaba del bolsillo *un diez* o una *peseta*, y se la regalaba, diciéndole más o menos lo siguiente: «Toma para que compres cajetas... Pórtate bien». Esto atenuaba el efecto doloroso que la anterior escena, unida a los gritos y lamentos del castigado, había producido en nuestro ánimo.

Tuve en la misma escuela estos otros maestros que calificué de *buenos*: don José Ramón Chavarría, don Demetrio Sanabria, don Diego Robles y don Pío Viquez.

NO HAY ROSAL SIN ESPINAS, NI PLACER SIN PENA, decía uno de los varios rótulos impresos, puestos en buenos marcos con vidrio, que se veían en las paredes de las aulas principales. Ah!.. pero yo pensaba que en la escuela no había para nosotros más que espinas y penas.

Unos cuadros de pésimo gusto, que representaban imaginarias escenas del Génesis, y algunos mapas y no recuerdo qué otra cosa, completaban la decoración de las paredes dentro de la escuela.

A principios del año de 1876 trasladaron a don Adolfo Romero a la dirección del Instituto Nacional, y a mí me enviaron a otra escuela, la llamada del Sur, en la que estuve ese año y el de 1877. La dirigió primeramente don Amadeo Madriz y después el Licdo. don José B. Céspedes, a quien decíamos familiarmente *don Chepe*. Ocupó la escuela la propia casa de cal y canto en que había estado la de don Manuel M. Romero, y luego la casa que pertenecía o había pertenecido a la sucesión de don Gordiano Fernández padre, destruida muchos años después por un incendio, en el terreno donde se encuentra el Gran Hotel Francés.

Conocía al señor Céspedes, pues había sido maestro, aunque no de la clase en que yo estuviera, en la Escuela del Norte, y por cierto que le profesaba ya la estimación que había de irse aumentando de día en día, a la par de mi gratitud por su bondad y sus esfuerzos desinteresados a favor de los que éramos sus discípulos.

Don Chepe era verdaderamente modesto, serio, benévolo y recto; trabajador como pocos y aplicado al estudio, en especial al de las matemáticas. Podía uno proponerle cualquier duda o pedirle que le explicara lo que no había comprendido, con la seguridad de que le atendería y trataría de sacarle del apuro de la manera más sencilla. Yo bendigo su memoria.

Mi otro maestro en la nueva escuela fué don Juan Trejos, a quien respeté siempre como tal. Pude llegar a apreciar su talento y saber. Pero no conservo ningún recuerdo grato de él. Cuando me pusieron bajo su poder y comencé a observarle, me pareció descontento de su suerte y en estado de perenne irritación. En la clase de lectura, nos hacía leer lo que tuviera a la mano, *Los Miserables*, de Víctor Hugo, por ejemplo, aunque nos quedáramos sin entender ni un párrafo. Excitada su cólera, se abandonaba a ella; tiraba el libro a la cabeza del muchacho que se la había provocado, o se abalanzaba sobre él a pegarle y lanzarlo contra las paredes o el piso. Usaba unas expresiones extrañas o impropias, como éstas: «¡Bárbaro sediento de educación! ¡Hijo de mil... circunstancias!». Tanto las repetía que aun los de

fuera las sabían, y al pasar le gritaban ahuecando la voz, por las ventanas: «¡*Bárbaro sediento de educación!*». A todos los alumnos nos trataba con dureza, y tenía exigencias inauditas, como la de que estudiáramos las lecciones de gramática en una obra colombiana de la cual no había más que dos ejemplares, el suyo y el de uno de nuestros compañeros, quien no se negaba a facilitárnoslo a los que carecíamos del libro, momentos antes de que comenzaran las clases; mas esto era imposible hacerlo a veces, y entonces nos castigaba sin remedio, desentendiéndose de la realidad. Nos ponía de rodillas sobre el enladrillado a estudiar la lección hasta que de uno en uno se la dijéramos de memoria. Debo manifestar que cuando pasó al Instituto Nacional a servir como profesor de Historia, cambió de conducta y nos trató con toda consideración a mis compañeros y a mí.

La clase de religión, que por lo común era la última, agotaba la paciencia tanto en los alumnos como en los maestros. Imagínese quien conozca los libros que nos servían de texto en la clase de religión, lo deliciosa que sería su enseñanza. ¡Lástima que no se pueda sujetar ahora

a ella a tantos jóvenes instruidos que juzgan de la belleza de la religión sólo por las funciones abundantes de música y flores, los alegres y mundanos *turnos*, las procesiones pintorescas o los suculentos banquetes curales!

Según el informe dado por el distinguido Inspector de Escuelas de San José, Lic. don Francisco Picado, acerca de los exámenes del año de 1877, y que se publicó en *La Gaceta* el 9 de marzo de 1878, el personal de la Escuela del Sur se componía del Director, señor Céspedes; el primer maestro, señor Trejos, y los ayudantes, don Félix Mata Valle y don Agapito Rosales; y fuimos 167 los alumnos que durante aquel año concurrimos a la escuela.

Las horas de trabajo, que en la Escuela del Norte habían sido cuatro, puesto que entonces se almorzaba a las nueve de la mañana y se comía entre las dos y las tres de la tarde, en 1876 eran cinco en la Escuela del Sur, como se puede ver de un aviso publicado por el Gobernador de San José en *La Gaceta* correspondiente al 20 de noviembre de 1875. A las diez de la mañana debíamos entrar

a la escuela. Mas no había recreo ni intermedio que pasara de minutos entre lección y lección. Fuera de los domingos, demás días de fiesta y sábados, días éstos de rudo trabajo para casi todos los muchachos, al servicio de la familia respectiva, no se interrumpían las tareas escolares por regla general. Ni las epidemias que hubo, como las de tosferina, disentería, sarampión, paperas, etc., sirvieron de causa o de pretexto para cerrar las escuelas en los seis años que hube de asistir a ellas. Tampoco hubo fiesta alguna particular, exceptuada la del examen público de fin de año. Mucho menos se celebró en la escuela el día del santo o el del natalicio de ningún maestro o director, ni tuvimos que hacerles regalo alguno. No nos exigieron contribuciones. Por supuesto que, como se ha visto, todos nuestros maestros fueron varones. No había más vacaciones que las anuales, después de los exámenes, y no pasaban de los primeros días de enero, como que a veces se reanudaban las tareas el día siete. Allá por la cuaresma nos llevaban en debida formación, de dos en dos, a las pláticas de una hora que por varios días daba el laborioso Padre Ulloa para los



alumnos de las escuelas de esta ciudad, en la iglesita de la Merced, contigua por el este al Palacio Nacional. No obstante que no había asientos en ese templo y que los hombres no podíamos sentarnos en el piso, de madera, como lo hacían las mujeres, esas pláticas nos proporcionaban alguna distracción, la de marchar por las calles y taconear dentro de la iglesia, presenciar la llegada y salida de los alumnos de otras escuelas y comparar entre sí el aspecto que ofrecían las *tropas* de muchachos, y oír en silencio y de rodillas, la salve que invariablemente cantaba, acompañándose con las notas dulces del órgano, el maestro don Pedro Arias, cuya potente voz de bajo estaba entonces en su apogeo y hacía vibrar el pequeño templo y nuestros corazones de niño.

Nuestros padres no aflojaban en cuanto a la obligación de asistencia a la escuela. A menos de que nos postrara una enfermedad aguda, nos enviaban a ella advirtiéndonos que no nos detuviéramos en ninguna parte ni nos desviásemos del camino. ¿Que llovía copiosamente y las calles se convertían en torrentes, pues carecían de los actuales caños y estaban inclinadas hacia su centro en dos planos?.. Nada

importaba. Así íbamos y volvíamos, mojados a veces de pies a cabeza. Recuerdo que mientras estuve en la Escuela del Norte, algunas veces atravesé calles anegadas montado sobre algún compañero servicial que no usaba calzado.

No he hablado antes de los exámenes para hacerlo con referencia a las escuelas en general de varones y mujeres. A las de éstas las llamaban *liceos*. Los exámenes se verificaban sólo a fin de año, de noviembre en adelante, a presencia de los funcionarios del ramo, gobernadores, inspectores, directores y maestros, clase por clase y asignatura por asignatura. Entonces las escuelas primarias dependían directamente de las municipalidades, quienes designaban el personal. En el aviso citado con anterioridad, el Gobernador de San José convocaba opositores para el destino de director de la Escuela del Sur, «facultado por la Ilustre Corporación Municipal». Concluían los exámenes con el acto público, que se efectuaba un domingo o día de fiesta en local apropiado de la escuela, si lo tenía, o en el salón del edificio de la Universidad de Santo Tomás, salón que a lo largo medía no menos de cuarenta varas, y que en su extremo sur te-

nía un estrado grande con capacidad para bastantes personas. Sabido es que al claustro o galería alta que cercaba el patio principal de ese edificio, daban todas las puertas del lado este del salón. No me cabe duda de que los alumnos que rendían exámenes públicos eran los de las secciones superiores o los que podían salir mejor librados. La entrega de los premios adjudicados y los discursos, pocos y breves, seguían a los exámenes. Por último se servía a las señoras y señoritas, a los alumnos y a la concurrencia sin distinción, el refresco listo ya en otra sala. Don José Trinidad Chaves, artista cuya fama perdura aún, era el encargado de tales refrescos. Nadie como él sabía y podía presentarlos de primera calidad, por lo exquisito de los *tosteles*, bebidas y helados, y por la belleza y elegancia del servicio de cristal y plata, especialmente escogido e importado por él de Europa. Sus mesas ofrecían un aspecto gratísimo, pues las adornaba con flores y frutas, en que clavaba banderitas, a veces de raso de seda. Ya se comprende que no había necesidad de perfumes artificiales en el ambiente impregnado de aquella mezcla de aromas de frutas y flores. Cuando se trataba de

escuelas de niñas, concurrían las bandas militares para amenizar los actos con música alegre. Pero las cosas no se acababan así no más, pues si no llovía, después de la comida, a las cuatro o cuatro y media de la tarde, volvían a reunirse maestros y alumnos y concurrencia, para un paseo a donde se pudiera, a los acordes de la misma música. ¿Como a qué punto, puesto que no había parques y no se podía ir cómoda y decentemente al llano de la Sabana? A la estación del ferrocarril ya existente entre esta ciudad y las de Alajuela y Cartago, abierta a los cuatro vientos; a la Plaza de la Estación (hoy Parque Nacional), o a alguna propiedad particular adecuada. En esos paseos se servían melcochas, confites o *tosteles* en *cartuchos* o cucuruchos, y aun bailaban las niñas, como alguna vez lo hicieron en la pila en seco de esa plaza. Constituían, pues, dichos actos y paseos parte de las fiestas de fin de año de nuestra ciudad. Para ellas estrenábamos traje los alumnos, según lo permitieran los recursos de las familias. Era de rigurosa costumbre que las niñas se pusieran vestido blanco a la moda, con banda ancha de seda del color adoptado para las de la respectiva escuela,

y que se enrizaran el cabello y llevaran para salir a la calle sombrero europeo (*sombrerito* le decíamos, por grande o alón que fuese).

Por fortuna no nos molestaban durante el curso del año con *notas* ni cosas por el estilo.

Al retirarme definitivamente de la escuela, no sentí el dolor que más tarde me produjo la salida del colegio. No me ligaba a aquélla ningún afecto, y creía llegado el momento de cambiar de vida, pues si en verdad era un niño, distante aún de la adolescencia, me consideraba *hombre*. ¡Tanto nos habían endurecido el trabajo y los trabajos! Hasta nuestros pantalones no se diferenciaban de los de los mayores, esencialmente, y nos habían inculcado el sentimiento de la responsabilidad de nuestras acciones.

ALFONSO JIMÉNEZ

San José de Costa Rica, julio de 1926.

## ¡Van 19 años!

Estudié química en París, en la Sorbona, durante cuatro años. Vine luego a servir de profesor en el Liceo de Costa Rica. Terminado mi compromiso oficial, la Facultad de Medicina, cuyo Presidente era el Dr. don José M.<sup>a</sup> Soto Alfaro, me encomendó la organización de la Escuela de Farmacia. Con una retribución mensual de cien colones, desempeñé por cuatro años las funciones de Director, Administrador, Profesor de química mineral, de química orgánica y de química analítica. Firmé—¡malhadada mano!—los primeros diplomas de «Licenciado en Farmacia» y me separé apenas quedó establecido el Colegio de Farmacéuticos. <sup>(1)</sup> Después de otra corta temporada de servicio en la

---

(1) Instituido el Colegio de Farmacéuticos, el Congreso encargó de su reglamentación a la Secretaría de Instrucción Pública. Era Secretario el Lic. don Leonidas Pacheco, abogado, ignorante por completo de todo lo relativo a la constitución de los cuerpos universitarios. Dos proyectos de reglamento le fueron presentados: uno redactado por los dos farmacéuticos más competentes del país (don José C. Zeledón y don Francisco Jiménez Núñez) y por mí; otro redactado por la camarilla de los recién graduados. El Sr. Pacheco adoptó este último.

enseñanza pública, en el Colegio de Cartago y en el Liceo de Costa Rica, compré la botica de la Dolorosa. Dejé en ella al ex-discípulo que encontré en calidad de «regente». Pero habiéndose retirado éste, a raíz de un disgusto con uno de mis hermanos, se me hizo imposible conseguir un farmacéutico titulado y modesto, pues sobre los que había libres en plaza pesaban ciertas acusaciones, de que no debo hablar. En esta situación, recibí una nota del Colegio de Farmacéuticos según la cual se me concedían QUINCE DÍAS de plazo para poner un regente o cerrar el negocio que yo mismo cuidaba. Perplejo y muy abatido, me dirigí inmediatamente al bufete del Lic. don Ricardo Jiménez. No era mi amigo; no había entre nosotros relación alguna; pero yo admiraba su talento y su saber excepcionales, como los admiro todavía. Sin tomar siquiera asiento, le expuse brevemente mi caso, le leí la nota del Colegio y SOLICITÉ SUS OFICIOS DE ABOGADO. Se puso en pie don Ricardo y, tomando con una mano la nota y tendiéndome efusivamente la otra, con gesto de despedida me dijo: ¡ESTO ES UNA INGRATITUD! NUNCA PENSÉ

QUE PUDIERAN OCURRIR EN COSTA RICA  
SEMEJANTES COÑAS.

Don Ricardo era entonces diputado. Sin pérdida de tiempo llevó el asunto al Congreso Nacional, y éste emitió, el 30 de junio de 1907, un decreto por el cual me declaraba «Miembro del Colegio de Farmacéuticos», «en atención a los servicios prestados en la enseñanza de la Farmacia». <sup>(2)</sup>

¿Quién fué el honrado con ese decreto? ¿el Colegio de novicios o el maestro del Colegio? Respóndase como se quiera. Bástele al lector saber que, si el honor era para mí, yo jamás lo he tomado en cuenta. Amparados mis intereses comerciales, lo otro no me ha importado nada.

He juzgado oportuna la reproducción de este relato en momentos en que don Ricardo Jiménez, ahora Presidente de la República, es nuevamente atacado por el Colegio de Farmacéuticos, con rudeza y sin justicia.

ELÍAS JIMÉNEZ ROJAS

---

(2) Este decreto no fué considerado por el Colegio sino *cinco años* después, el 24 de mayo de 1912, siendo Presidente don Francisco Jiménez Núñez.



## La enseñanza y las municipalidades

Debo unas palabras a los jóvenes que no conocen la opinión que vengo exponiendo desde hace 32 años.

Soy ante todo partidario de la libertad de enseñanza y de la libertad profesional.

No he atacado jamás ninguna forma de centralización natural o biológica en los organismos docentes. He atacado la CENTRALIZACIÓN MINISTERIAL. Una Secretaría de Estado no puede ser nunca el órgano central propio de un organismo docente, así sea éste el más rudimentario.

No he atacado la centralización municipal, porque ya estaba ella de hecho, muerta cuando tuve uso de razón.

Los enemigos de la Universidad Nacional — entendida como conjunto libre de los organismos docentes, públicos y privados—se opusieron siempre a la idea de reforma de la Constitución de la República, manteniéndose de este modo entre la espada y la pared a los adversarios de la «Ley de Educación Común» por ellos impuesta: bien sabían que nosotros tampoco podíamos admitir que las municipalidades poseyeran especial capacidad en materia de enseñanza.

ELÍAS JIMÉNEZ ROJAS

---

---

## Preguntas y respuestas

—¿Puede un funcionario escolar que sale a recorrer poblaciones, hablar de su *jira*, con *j*? ¿Puede, por ejemplo, poner un telegrama así: «Hasta ahora satisfecho de mi *jira*»?

—Abra Ud. el diccionario que guste y tendrá la respuesta negativa. Hay en español dos palabras que se escriben *jira*. Una viene de un término flamenco que significa *desgarrar*: entonces jira (o jirón) es el trozo que se corta o rasga de una tela, etc.—La otra viene del italiano, con la significación de *fila, compañía* o *multitud ordenada*. Según esta acepción, se puede dar el nombre de jira a un paseo o excursión en grupo artístico, o a una fiesta que se hace entre varios, etc. No puede haber jira de una sola persona; habrá, si se desea, *gira*, del verbo girar.

\*  
\* \*

—¿Qué es clásico?

—Trátase de letras, bellas artes o ciencias, clásico es lo que merece ser tomado como modelo digno de imitación. Una obra maestra es clásica desde su primer día, pero su consagración como tal, exige el concurso de diversos pueblos y diversas generaciones.

\*  
\* \*

—¿Sabe Ud. de algún medicamento *específico* contra la tifoidea?

—No sé.

—¿Conoce algún «desinfectante intestinal» eficaz, en caso de tifoidea?

—1.º Hay cosas (el agua iodada, v. gr.) que podrían servir de desinfectantes intestinales; mas para servir eficazmente, habría que suministrarlas en proporciones demasiado grandes, y entonces no serían inofensivas.—2.º Dando de barato que se lograra la desinfección intestinal, no creo que con ello se atacara la tifoidea.

\*  
\* \*

—¿Qué opina acerca de la reacción de Wassermann?

—Siempre la juzgo útil, pero transmito a Ud. las siguientes palabras del profesor Lortat-Jacob, que tomo de labios del Dr. Soto:

«Es muy conveniente que la noción del ultra-microscopio pase al dominio público y que ahí tome el lugar de la reacción serológica, que con tanta frecuencia no tiene razón de ser. Vale más, para quien sufre de una úlcera venérea, exigir a su médico que se le haga un examen ultra-microscópico, que pedirle la reacción Bordet-Wassermann. Al principio del

chancro, solamente el examen ultramicroscópico constituye práctica fecunda para la profilaxis. La reacción Bordet-Wassermann es ilusoria y peligrosa».

\*  
\* \*

—¿Juzga Ud. buenos los hospitales sometidos de algún modo a una comunidad religiosa?

—Para servir en un hospital, precisa ser religioso, muy religioso, dando a la expresión su sentido filosófico. En realidad, todos somos más o menos religiosos: todos tenemos una noción, vaga o clara, de la responsabilidad: todos comprendemos que la acción buena acarrea felicidad y que la acción mala trae desdicha, tarde o temprano, indefectiblemente. Los hombres mejores son aquellos que mejor comprenden esta verdad.—Ahora termino mi frase: para servir en un hospital precisa ser muy religioso y, por lo tanto, *no pertenecer a ninguna comunidad religiosa*. Todo lo que tiende a borrar la individualidad, oscurece o embota en la persona sus mejores prendas: la inteligencia y los altos sentimientos.

\*  
\* \*

—¿Qué le parece el precepto recientemente importado al país por los deportistas: «No juegue Ud. para Ud.; juegue para su club o su partido»?

—Acabo de decirlo: es absurdo todo lo que obliga a disminuir la propia personalidad. No coma Ud. para Ud.; no duerma Ud. para Ud.; no ejercite o desarrolle su cerebro por Ud.: coma, duerma, etc., para su club. ¡Necedades de igual jaez! ¡Bonito modo de robustecerse!

\*  
\* \*

—¿Convendrá en Costa Rica imprimir una *orientación agrícola* a la enseñanza general—primera o segunda?

—Sería hierirla o matarla. La enseñanza general no debe tener más fin que el de instruir (o *edificar*) a los niños y adolescentes, según sus propias capacidades.

—¿Hay que establecer entonces un instituto agronómico, una escuela profesional, a la par de la Escuela Normal, de la Escuela de Derecho, de la Escuela de Farmacia?

—¡Eso! Una escuela para formar in-

investigadores y jefes, no para formar jornaleros. Y una escuela así exige que sus directores sean a la vez pedagogos y hombres de laboratorio. Poner al frente de ella un simple agricultor (*farmer* o *fermier*, como quiera llamarse), equivaldría a rebajar su nivel. Por querer hacer la enseñanza muy práctica o utilitarista, se cae siempre en lo efímero, o sea, en la suprema inutilidad. La inteligencia es el instrumento sin igual: sólo ella puede suplir las deficiencias inevitables de todo aprendizaje. Escuela que no haya de ser intelectualista por encima de todo, no vale la pena de pensar en ella.

\*  
\*\*

—¿Qué han querido Uds. dar a entender con el título «reproducción»?

—El nombre de *Reproducción* no significa que todos los artículos de esta revista sean tomados de otras publicaciones. Significa buenamente que no nos creemos originales.

Pensamos que reproducimos siempre; unas veces conscientemente, otras inconscientemente.

Cuando lo hacemos conscientemente,

poco nos importan los nombres de los autores. Deseamos tan sólo divulgar las ideas que son de nuestro agrado.

Cuando hacemos por nuestra cuenta un artículo o una simple nota, ponemos al pie nuestra firma, para cubrir con ella la parte fea o errónea o injusta de lo escrito. La otra parte—la hermosa, la exacta, la justa—, si la hay, es anónima: es el reflejo de la belleza, de la verdad, de la justicia del mundo exterior.

Lo único que hay de nuestra pertenencia son las imperfecciones, los tanteos, los errores, tan frecuentemente repetidos.

ELÍAS JIMÉNEZ ROJAS

---

---

## De lo que se dice afuera

«La ciudad de San José es la capital de Costa Rica; pero en muchas cosas parece más bien un villorrio.

Las campanas de las iglesias no descansan: ya ensordecen con sus repiques estrepitosos, ya abruman con sus toques por difuntos. Abundan las ferias religiosas, y a ellas se invita a las gentes mediante

verdaderos ridículos bombardeos. Diríase por todo que no hay enfermos ni personas serias o que no hay policía.

Las casas de comercio más grandecitas se cierran a medio día, como si los jefes y los empleados hubieran de almorzar a la vez en una misma escudilla.

El mercado principal y las carnicerías dan asco.

Los tejados y las aceras son, por lo común, desiguales, mal hechos y peor conservados.

Sin que haya miseria, son muchos los transeuntes descalzos y harapientos.

Hay bastante cultura y, a la par, bastante malacrianza. Es muy raro, por ejemplo, dar con una señorita o con una chiquilla que sepa ceder el campo a un anciano o a un inválido. Hasta las señoras de buena clase se paran a conversar frescamente en los estrechos pasadizos, haciéndole caer a uno en los pésimos desagües de las calles. ¿Ignorarán que urbanidad y gracia son palabras del género femenino?»

.....

«De intento no he dicho ni una palabra acerca de los jóvenes machos. La verdad es que no me fijé en ellos. En el campo



de los recuerdos aparecen sin embargo ahora algunas impresiones confusas. Las resumiré diciendo que no son pocos los que abusan del permiso que tienen los varones para ser feos y descuidados. En los sitios de diversión, los encuentra el visitante trajeados con sus vestidos de trabajo, y no por falta de repuesto, sino por pura molicie o mal gusto».

.....

«En fin, este agente viajero quiere hacer constar que nada le chocó tanto como el *Arancel de Aduanas*, mamarracho costoso y disparatado sin igual».

---

---

## Miscelánea

Más inteligente que la tristeza, la alegría es la comprensión de que todo pasa y todo debe ser realizado como VIDA. El pesimismo es el homenaje melancólico a una quimera irrealizable.

GRACA ARANHA

\*  
\* \*

Cuando se habla de las relaciones existentes entre el genio y la locura, no faltan

personas que exclaman: «Entonces los intelectuales son menos estimables que el común de las gentes *prácticas*, puesto que ellos son locos o medio locos». —¡No tan de prisá, señores prácticos! Sois, por lo menos, tan locos como los intelectuales, pero lo sois de distinto modo. En vez de orientarse hacia lo bello, lo verdadero relativo y lo mejor, vuestra manía va tras las pequeñas vanidades, los placeres fáciles, las combinaciones turbias. No es sobrecitación lo que falta a vuestros cerebros; lo que les falta es la nobleza.

Trad. E. J. R.

ALBERTO MARY

\*  
\*  
\*

Al cabo de unos ocho años —casi me parecen perdidos— de excursión en los campos tenebrosos de lo que llaman «filosofía», salgo decididamente resuelto a que me llamen a mí «materialista». Han ganado los que se adelantaron a pegarme este rótulo. Hoy me aparece más grande que nunca el maestro que más admiré cuando joven: CLAUDIO BERNARD. No hay absolutamente ninguna manifestación de la vida que no tenga su asiento en esas cosas que hemos denominado minerales o muertas.

Seiscientos ciudadanos que individualmente son buenos, prudentes y bien intencionados, constituyen, cuando están reunidos, un rebaño que puede descarriarse desconcertantemente. Nada más natural y frecuente que este fenómeno de la psicología de las multitudes, señalado esta vez con energía por R. POINCARÉ al ponerse de nuevo al frente del gabinete francés.

